

STANLEY G. PAYNE

EL EXTRAÑO CASO DEL FASCISMO ESPAÑOL

**FRANCO Y
JOSÉ ANTONIO**

**HISTORIA DE LA FALANGE
Y DEL MOVIMIENTO NACIONAL
(1923 - 1977)**



ESPASA

STANLEY G. PAYNE

FRANCO Y JOSÉ ANTONIO.
EL EXTRAÑO CASO DEL FASCISMO ESPAÑOL

Historia de la Falange
y del Movimiento Nacional (1923-1977)


ESPASA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Imágenes de interior: © Album; © Album/Archivo ABC; © Album/EFE; © Album/Oronoz; © Album/akg-images; © Album/Documenta; © Album/Fine Art Images; © Album/World History Archive; © Album/Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo; © Album/sfgp; © Album/© Tallandier/Bridgeman Images; © Album/Universal Images Group/Universal History Archive/UIG; © Album/De Agostini/Biblioteca Ambrosiana; © Album/Colección Casagrande/adoc-photos; © EFE; © EFE/Hermes Pato; © EFE/Díaz Casariego; © José Zegri; © Venimages/Alamy Stock Photo
Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Stanley G. Payne 1997, 2024
© De la traducción, Joaquín Adsuar, 1997

© Editorial Planeta, S. A., 1997, 2024
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: 1997
Primera edición actualizada en esta presentación: septiembre de 2024

Depósito legal: B. 11.789-2024
ISBN: 978-84-670-7259-4
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN	11
INTRODUCCIÓN. EL PARADIGMA DEL FASCISMO	29
El auge del nacionalismo alemán	70
Política exterior	75

PRIMERA PARTE

NACIONALISMO EN ESPAÑA: LIBERAL, AUTORITARIO, FASCISTA

1. EL PROBLEMA DEL NACIONALISMO ESPAÑOL	97
2. ORÍGENES DEL NACIONALISMO AUTORITARIO EN ESPAÑA .	117
Un ambiente barcelonés	123
La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)	127
El legado de la dictadura	148
La derecha nacionalista autoritaria (1930-1933)	154
<i>La Unión Monárquica Nacional</i>	154
<i>La CEDA</i>	157
El realineamiento monárquico	161
La alternativa portuguesa: una república nacionalista autoritaria	164
3. EL FASCISMO DE LOS INTELLECTUALES	167
Ernesto Giménez Caballero	167

Ramiro Ledesma Ramos y el nacimiento del nacional-sindicalismo	172
--	-----

SEGUNDA PARTE

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y LA FALANGE ESPAÑOLA (1933-1936)

4. JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y LA FUNDACIÓN DE LA FALANGE	189
La erupción de la violencia	236
5. JEFE NACIONAL (1934-1936)	253
José Antonio, jefe único	289
La ideología de José Antonio	294
Relaciones exteriores	315
La Falange en 1935	323
Planes para una revuelta armada	332
La destrucción del nacional-sindicalismo portugués	340
Las elecciones de 1936	345
6. DE LA CLANDESTINIDAD A LA GUERRA CIVIL	355
7. LA MUERTE DE JOSÉ ANTONIO	391

TERCERA PARTE

FRANCISCO FRANCO Y LA FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS JONS EN LA ÉPOCA DEL FASCISMO (1936-1945)

8. FRANCISCO FRANCO Y LA FORMACIÓN DE LA FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS JONS	431
Las milicias falangistas	434
Los falangistas en la represión	439
La Junta de Mando y la expansión de la Falange bajo Manuel Hedilla	445
La unificación	460

9.	LA FET EN LA GUERRA CIVIL (1937-1939)	481
	El carlismo y la FET	500
	Relaciones con Alemania e Italia	504
	La FET bajo el nuevo Gobierno de 1938	507
	Política social	514
	La organización juvenil	524
	La FET en el último año de la guerra	525
10.	LA FET DURANTE EL AUGE DEL FASCISMO (1939-1941) ...	535
	Las organizaciones juveniles	548
	La Sección Femenina	553
	Los carlistas en 1939	553
	La política de Franco en los primeros años de la guerra mundial	556
	Falange Exterior en Hispanoamérica	577
	Tensiones en el seno de la FET y de la Organización Sindical	579
11.	LA PRIMERA FASE DE UNA LARGA «DEFASCISTIZACIÓN» ..	605
	Redefiniciones políticas	638

CUARTA PARTE

EL MOVIMIENTO NACIONAL EN LA ÉPOCA POSFASCISTA (1945-1977)

12.	ECLIPSE PARCIAL Y RESURGIMIENTO FRUSTRADO (1945-1958)	657
	El fracaso del resurgimiento del falangismo (1948-1957) ..	668
	La segunda metamorfosis del régimen de Franco: tecnocracia y liberalización económica	693
13.	LA ÚLTIMA FASE DEL MOVIMIENTO (1959-1977)	701
	El falangismo disidente	717
	La idea final: «Asociaciones políticas»	720
	El falangismo disidente en la fase final	736
	La fase final	737

CONCLUSIÓN.....	753
Notas	769
Bibliografía	875
Índice onomástico	913

1

EL PROBLEMA DEL NACIONALISMO ESPAÑOL

La cultura política de la España moderna siempre pareció única, en comparación con la de la mayoría de los otros países europeos, debido a la ausencia, o a la debilidad, del nacionalismo español durante la mayor parte del período moderno. La Corona y el Estado españoles tienen más de 500 años de antigüedad y a los que no son españoles la identidad de España a partir del siglo xvi les parece suficientemente clara. Sin embargo, a comienzos y a finales del siglo xx el nacionalismo en España se refirió y se refiere, por lo común, a un nacionalismo «periférico» o «centrípeto», al de los catalanes, los vascos u otros más que a un nacionalismo de todos los españoles.

Los orígenes de las instituciones españolas descansan en el medievo y en la formación de los principados cristianos de la Reconquista, un término que en España, desde el punto de vista cronológico, puede ser considerado como sinónimo de Edad Media.

Durante aproximadamente sus primeros mil años, la unidad política básica de la civilización occidental la constituyeron los reinos territoriales y dinásticos, por lo cual la formación de los reinos hispánicos debe ser considerada un desarrollo político natural de Occidente. La particularidad y el localismo fueron, al mismo tiempo, característicos de la sociedad medieval, y tal fue, sin duda, el caso en la península Ibérica, aunque no necesariamente en mayor extensión que en cualquier otra parte equivalente de Europa. Bajo esas circunstancias, el desarrollo de cinco reinos cristianos distintos (Asturias y León, Castilla, Navarra, Aragón y Cataluña,

y Portugal) fue un rasgo natural propio de la difícil historia de la Península, en la frontera de la civilización occidental, sobre todo teniendo en cuenta su geografía divisiva.

«España» o «Hispania» (como derivados del término romano latino para la península Ibérica en su totalidad) existieron, en verdad, como un concepto durante el período medieval, en primerísimo lugar como término geográfico general para la Península, pero también, con mayor vaguedad, como referencia a cierta identidad común entre la población de los varios Estados cristianos. Se fundamentaba históricamente en el reino visigodo y en el Imperio romano, en una religión común, en formas culturales e institucionales compartidas y, en cierta medida, en una orientación común hacia la Reconquista (aunque el carácter y la extensión de estos supuestos siguen siendo muy controvertidos entre algunos historiadores)¹. Aunque Castilla se alzó claramente como el mayor de los reinos de la Península —más de las dos terceras partes de su territorio— y facilitó la lengua más hablada, tuvo que tomar prestado del catalán un término básico (español, *espanyol*) como gentilicio para los habitantes de España y definitorio de todo lo relacionado con España.

Al principio, el Estado español se creó por la unión de las coronas de Fernando e Isabel, en 1478-1479, lo cual, con la posterior incorporación, en 1512, de Navarra, reunió a toda la Península menos Portugal. Sin embargo, esa Corona unida puede ser considerada en cierto modo una especie de federación dinástica, porque las únicas instituciones comunes eran la Iglesia y, hasta cierto punto, la milicia. Las leyes, las instituciones y los gobiernos separados de los principados no castellanos (Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra) no fueron alterados. Es más: las tres provincias vascas, incorporadas al reino de Castilla desde finales de la Edad Media, disfrutaron de una mayor autonomía provincial, más codificada y formalizada, desde ese mismo período, cuando los corregidores reales ayudaron a la codificación de sus fueros, o derechos autónomos.

La Corona unificada creó un sistema estatal, aunque no una Administración estatal centralizada, y comenzó a fomentar un

sentido de unidad más amplio. Resulta muy difícil evaluar el grado y el carácter de una identidad «española» en su más amplio sentido que hubiera estado basada en la soberanía general de la dinastía unida y el celo por el imperio y la reconquista. Aparentemente esta identidad se extendió un tanto en el siglo xvi bajo los Habsburgo, con la expansión del imperio y de la misión, el crecimiento del castellano (español) como lengua peninsular común (al menos en el nivel de la alta cultura) y el nacimiento de una amplia xenofobia española en la segunda mitad del siglo xvi, reforzada por la Inquisición como la única institución absolutamente común, aparte de la Corona y el Ejército, determinada a eliminar las influencias heréticas y, también, en cierta medida, las extranjeras. Aparecieron las primeras historias comunes o prenacionales, como la *Historia de España* del padre Juan de Mariana (1598), mientras que la tragedia de Cervantes *La Numancia* presentaba a los íberos prerromanos como heroicos españoles reconocibles, que mostraban lo que en aquel tiempo se consideraban los valores españoles fundamentales de religiosidad, honor y valor². Todo eso puede significar lo que dos historiadores han llamado el «paleonacionalismo de los Habsburgo»³.

Desde al menos el final del siglo ix discurre por la historia castellano-leonesa y española, como una poderosa subcorriente, el sentido de la misión histórica y la reconquista, la responsabilidad fundamental de extender el cristianismo y hacer retroceder el islam, que más tarde tomaría la forma de cruzada ideal, alcanzando su cumbre en la España imperial, desde finales del siglo xv hasta el xvii. Ese ideal religioso y de cruzada, ampliamente expansivo, finalmente llegó a significar lo que he llamado en otra parte la «ideología española»⁴, aunque esta nunca se formuló del todo hasta la era cumbre de la España imperial. Desde esa época vino creciendo o debilitándose alternativamente, con una tendencia general a decaer cada vez más hasta que fue revivida con vigor en los primeros años del régimen de Franco.

A finales del siglo xvi, si no bastante antes, ya existía, al parecer, en una gran parte de la población de las tierras de la Corona de España —aunque no en todas— cierta tenue identidad, aunque

no era en absoluto semejante a una identidad nacional moderna unificada. Además, la dinastía de los Habsburgo nunca fue capaz de construir un Estado unificado por completo. Un esfuerzo importante en esa dirección precipitó la crisis política y militar de 1640. Portugal, incorporado brevemente a la Corona, en 1580, rompió definitivamente y fueron necesarios 12 años de lucha para expulsar a los franceses y recuperar Cataluña. Pero esta no fue solo «conquistada», sino que el *statu quo* constitucional volvió a medida que España, como potencia, declinaba a toda prisa.

El Estado español unido y centralizado fue el logro de la nueva dinastía borbónica después de 1700. En la larga Guerra de Sucesión española, los principados aragoneses —en oposición a Castilla, Navarra y las provincias vascas— optaron por la dinastía de los Habsburgo finalmente derrotada, lo que llevó al decreto de Nueva Planta de 1714 que abolía las leyes y las instituciones separadas en los Estados aragoneses⁵, con lo que se creaba la primera estructura legal y política común para casi todos los territorios de la Corona en la Península e islas adyacentes. Las únicas excepciones fueron Navarra y las provincias vascas.

El «prenacionalismo» borbón instituyó programas de desarrollo españoles comunes mediante las reformas del despotismo ilustrado. También creó nuevas instituciones, asimismo comunes para todos, como las Reales Academias, la Biblioteca Real, el Museo de Ciencias, el Jardín Botánico y el Observatorio Astronómico. Aunque en 1729 el padre Feijoo declaró que la pasión nacional era un «afecto delincuente»⁶, el siglo XVIII hizo época con la primera historiografía moderna común de España en la obra de Mayans, Burriel, Masdeu, padre flórez y, más recientemente, Llorente. Otras figuras revalorizaron el arte español del siglo XVII, mientras José Cadalso repetía los temas de Cervantes respecto a la identidad y la unidad de la historia y la cultura españolas. Las *Cartas marruecas* (1768-1774) de Cadalso usaron el término «nación» para esa identidad común. Así, cuando la *Encyclopédie Méthodique* francesa (1782) pregunta retóricamente qué le debe la civilización a España, Cadalso y Juan Pablo Forner le dan la respuesta⁷.

Todo esto formó parte de una amplia expansión cultural dentro de la Península. Al igual que el siglo xviii produjo la primera obra moderna sobre la historia española común y la historia de las leyes españolas⁸, fue también el momento del primer escrito moderno sobre la historia, la cultura y las instituciones de Cataluña y el País Vasco⁹.

La inteligencia de la Ilustración y la élite reflejaron una parte de lo que pronto se convirtió en una especie de bipolaridad al participar en una cultura y una mentalidad cosmopolitas que eran mucho más internacionales en su alcance que todo lo que se vio en España desde principios del siglo xvi. Esta tendencia de la élite a imitar las maneras sofisticadas de la cultura y las formas francesas pronto provocó, a su vez, una reacción nativa en la segunda mitad del siglo. En grandes ciudades como Madrid y Sevilla esta reacción fue expresada a nivel popular con el auge de la «majeza» de la clase baja. El «majo», con su agresividad nativa y su «manuela», desarrolló su propio estilo en el vestir, en la conducta y en las costumbres que estaban relacionadas con un desarrollo —aunque totalmente nuevo— de la cultura más tradicional española expresado en el rechazo desdeñoso de la élite afrancesada y del petimetre (el árbitro cultural francés o *petit-maître*). En la última parte del siglo, los estilos y las canciones españoles se habían vuelto *camp* e incluso surgió una nueva moda entre la aristocracia. Esos lustros trajeron la cristalización de la forma moderna de la corrida de toros, el más exclusivamente español de los deportes populares modernos. Las ropas y el estilo del nuevo torero plebeyo, que toreaba a pie, eran expresión directa de la forma de vestirse y del amaneramiento del majo, mientras que en las ciudades la construcción de nuevas plazas de toros produjo los que podrían llamarse los primeros estadios deportivos modernos, todo esto en una mezcla única de lo tradicional y lo moderno¹⁰.

Si para la década de 1790 había comenzado ya, en el nivel de la élite, un nuevo y firme rechazo religioso y filosófico de los rasgos característicos radicales y liberales de la Ilustración¹¹, en el nivel de la cultura popular se había desarrollado una compulsión hacia lo «típico» y lo «castizo» que produjo algo parecido a una nueva

síntesis cultural castiza. En la guerra inicial contra las fuerzas de la Revolución francesa se desarrolló una fuerte reacción patriótica —tan fuerte en Cataluña¹², Navarra y la mayoría del País Vasco como en todas partes—, que destacaba lo «típico» en la cultura popular. Este casticismo neotradicional era muy patriótico pero también provinciano y no verdaderamente nacionalista, por falta de un contenido político moderno.

El cambio político llegó con la Guerra de la Independencia, que por un tiempo eliminó el Estado tradicional y produjo una triple ruptura en las identidades políticas. La mayor parte de la población militarmente activa y/o políticamente consciente se mantuvo fiel a un tradicionalismo patriótico, xenófobo y realista. En las ciudades sometidas al dominio francés, una pequeña minoría de la élite y de la gente educada apoyó un nuevo seminacionalismo centralizante y modernizador, dominado por los franceses, en fuerte oposición con el tradicionalismo; en la España libre, mientras tanto, las principales fuerzas de la élite educada lograron la penetración de un nuevo liberalismo independiente.

Podría decirse que las Cortes de Cádiz ofrecieron la primera expresión de una especie de nacionalismo liberal moderno español. Los autores de la Constitución de 1812 proyectaron una visión de España como un desarrollo continuo histórico y político, guiado en el pasado por sus libertades y sus fueros históricos y un concepto de la soberanía del pueblo (tenemos que admitir que más en la teoría latente que en la práctica) organizado ahora como una unidad centralizada única, moderna y progresista.

El moderno Estado español centralizado fue gracias a ello, y en gran medida la creación del liberalismo del siglo XIX. Desarrolló instituciones centralizadas y unos modernos códigos de leyes nacionales, basados en la «nación española», que pasó a ser una referencia constante. Borja de Riquer y Enric Ucelay da Cal llamaron a esto una especie de «nacionalismo institucional»¹³. El lenguaje de los políticos liberales era «españolista» y el concepto de nación se expresaba especialmente en la historiografía, con la enseñanza de la historia organizada en torno a la idea común de la evolución histórico-cultural y la identidad de todas las regiones de

España¹⁴, acompañada a menudo por un entendimiento «esencialista» del papel, el carácter y la identidad de Castilla¹⁵. Esto alcanzó una especie de apoteosis en los 36 volúmenes de la *Historia de España* de Modesto Lafuente, que todavía se seguía editando y vendiendo en la década de 1920. En los *Episodios Nacionales* de Galdós puede encontrarse la máxima expresión de la literatura imaginativa.

La debilidad obvia del nacionalismo liberal está en el carácter elitista del liberalismo español del siglo XIX, incapaz de educar y movilizar a las masas de la población como ocurrió en Francia durante la segunda mitad de ese siglo. El sistema liberal español era o bien demasiado débil y desunido o quizá demasiado liberal, según el punto de vista de cada uno, para imponer una historia estándar o un manual cívico como «libro único», como tal vez se podría haber encontrado en otras formas políticas de «construcción estatal». Pero aunque hubiera existido, durante la mayor parte de ese siglo no hubo escuelas suficientes para la mayoría de los niños españoles, y debido a ello la oportunidad de ser instruido sobre una identidad cívica moderna común o un nacionalismo histórico consciente era muy limitada para la gran masa de la sociedad. Bajo el liberalismo elitista no hubo bandera hasta 1843, ni un auténtico himno nacional, muy pocos monumentos nacionales, un sistema escolar a nivel nacional muy débil y tampoco un auténtico servicio militar obligatorio universal¹⁶. Con el revivir del catolicismo de la segunda mitad del siglo, buena parte de la educación quedó en manos de la Iglesia, pero esta continuó siendo antagónica al desarrollo de un Estado fuerte, moderno y liberal (potencialmente siempre anticlerical), lo que debilitó aún más el potencial unificador y modernizador del sistema liberal.

En contraste con los liberales, los carlistas utilizaban los términos «patria» y «patriótico»¹⁷ en vez de «nación», palabra que formaba parte del discurso de la Revolución francesa, liberal, modernista e incluso radical. A medida que pasaron los años, los carlistas fueron aceptando el término más y más. Con el desarrollo del régimen liberal y el crecimiento de nuevos movimientos situados más a la izquierda, después de mediados de siglo los carlistas se

presentaron a sí mismos como los únicos «verdaderos españoles». Una forma del nacionalismo carlista neotradicionalista, que invocaba las instituciones tradicionales españolas y el sistema corporativo en lugar del liberalismo, había pasado a ser la convocatoria básica del carlismo en los tiempos de la última guerra carlista¹⁸, presentando al mismo como «el glorioso movimiento nacional»¹⁹. El énfasis que el carlismo ponía en el regionalismo y la descentralización fue presentado como la auténtica expresión de las instituciones históricas españolas y el único para reconciliar a todos los españoles.

A finales del reinado de Isabel II se había extendido la reacción contra el carácter tan centralizado del liberalismo para culminar en el movimiento republicano federal. Sin embargo, la idea republicana federal no podía competir con la amplia identidad y la general unidad nacional de España, y solo trataba de descentralizar la estructura interna. El Pacto de Tortosa, federalista en un principio (1869), reconocía una nación española y un Estado nacional, aunque se entendía que este último acabaría por convertirse en una confederación republicana de Estados regionales o «provincias» (estas últimas se corresponderían con las regiones históricas y no con las 50 provincias del moderno Estado español). Francisco Pi y Margall declaró que «de las antiguas (provincias o regiones) casi todas fueron naciones durante siglos»²⁰, pero era simplemente una referencia histórica y no una petición de un Estado moderno multinacional. Los republicanos federales comenzaron a fracasar cuando ocuparon el poder (1873-1874) hasta convertirse en una *reductio ad absurdum*. El nuevo movimiento cantonal atomizó el federalismo al dividir las «provincias históricas» de los federalistas, tomando como base las pequeñas unidades provinciales del siglo XIX²¹. La República Federal se convirtió en sinónimo de fracaso, mientras que el movimiento en pro de un más amplio federalismo ibérico —que debía incluir tanto a España como a Portugal—, que tuvo su mayor auge entre 1854 y 1874, entró a continuación en rápido declive²².

La subsiguiente era de la Restauración logró estabilizar el liberalismo elitista y continuó fomentando el concepto liberal de

nación. La educación pública nacional se extendía, aunque todavía lentamente. Se dedicó una atención creciente a las conmemoraciones nacionales de mayor importancia, como los 200 años de la muerte de Calderón (en 1881), el establecimiento de la unidad católica de España por el rey Recaredo, ocurrido en 589 y que se conmemoró en 1889, y el descubrimiento de América, cuyo cuarto centenario se celebró (1892). Sin embargo, ninguna de las limitaciones en el desarrollo y la educación fueron superadas en los últimos años del siglo XIX y la mayor proporción de la población continuaba sin incorporarse a ningún proyecto nacionalista nuevo.

El estadista que lideró la Restauración, Antonio Cánovas del Castillo, mantuvo firmemente el concepto de una nación española unida hasta el punto de que su actitud fue definida a veces como de «esencialismo» español/castellano²³. Cánovas era, desde luego, un historiador de ciertos logros y sus obras históricas revelan una interpretación de la unidad y la identidad españolas que no se derivan tanto de una esencia específica como de las instituciones, la cultura y el curso de la historia de España. Cánovas no se ocupaba de los grandes hombres, los líderes y las guerras —consideraba que muchas de estas últimas habían resultado catastróficas—, sino de los procesos que, finalmente, habían creado la nación española²⁴.

Un contrapunto filosófico a la aproximación de Cánovas, que incluso está de acuerdo con él en ciertas cuestiones fundamentales, puede encontrarse en los comienzos de una forma de nacionalismo cultural católico como se desarrolló tras el revivir del catolicismo en la segunda mitad del siglo y por los principales pensadores católicos del período. El principal entre ellos fue el humanista de más categoría de finales del siglo XIX, Marcelino Menéndez Pelayo. Este reconocía la diversidad histórica y cultural de España y apoyaba el resurgimiento cultural regionalista, pero ambicionaba «integrar» Portugal con España y creía devotamente que era la religión, sobre todo, la que ofrecía las bases para la identidad y la unidad españolas. Sus estudios sobre la decadencia española tanto en el siglo XVII como en el XIX lo convencieron de que el país había fracasado en el desarrollo total de las posibilidades de su propia

cultura, permitiéndose quedar exhausto al tratar de hacer demasiado —como en el siglo xvii— o al volverse confuso y no funcional debido a la importación indiscriminada de ideas e instituciones extranjeras en su propia época.

En contraste con los puros tradicionalistas del carlismo y el ortodoxo neotomismo, Menéndez Pelayo buscaba un modo de armonizar tradición y modernidad, sin perder la primera. Más tarde, antes de la profunda depresión de sus últimos años, trató de entenderse con el liberalismo conservador²⁵. Se consideren o no verdaderamente nacionalistas el catolicismo cultural nativo y el casticismo tradicionalista de finales del siglo xix —puesto que en esencia eran defensivos y patrióticos—, necesitan todo un estudio ideológico que ha ido creciendo poco a poco y que tiene cierta tendencia a hacer converger el carlismo con una forma de nacionalismo antiliberal.

La única forma verdaderamente abierta de nacionalismo activo, en el último período del siglo xix, la constituyó el nacionalismo imperialista, enfocado en la cuestión de Cuba durante los años 1880 y 1890. Ese fue un asunto que logró reunir a periodistas, a algunos políticos importantes y a los representantes de ciertos intereses económicos relevantes, pero que estaba representado del modo más estridente por algunos sectores de los militares. Esta actitud fue llevada a su máximo extremo en los diarios militares y otras publicaciones de la década de 1890 y marcó un giro hacia un nacionalismo de derechas más militarista e imperialista. En este caso el cambio fue paralelo a otros similares que también se produjeron en el carácter propio del nacionalismo en muchos otros países europeos a finales de siglo. Sin embargo, lo que es único en el caso español fue la superficialidad de la respuesta generada entre las clases medias y la población, comparada con la que se dio en un buen número de países.

Mientras tanto, el romanticismo del siglo proyectó sus propias imágenes y símbolos en la identidad española, si bien estos se diferenciaron bastante de los utilizados por la clase política y los intelectuales. La España romántica tiene dos dimensiones, una interna y otra internacional, de las cuales las expresiones más leídas e in-

fluyentes proceden a menudo de los extranjeros: ingleses, ocasionalmente alemanes y norteamericanos y, sobre todo, franceses. La literatura de viajes dedicada a España tiene raíces que datan del último período de la Edad Media pero que tomaron su forma moderna en el siglo XVIII. La mayor parte de los relatos de viajes del siglo XVIII se esfuerzan en ser objetivos y buscan un cierto grado de imparcialidad o independencia, casi como si se tratara de una expedición científica en un territorio que no estuviera registrado en los mapas, mientras que, por el contrario, el tratamiento que se dio al tema desde principios del siglo XIX ganó en emoción e intensidad. A partir de 1823, los viajes a la «romántica España» se convirtieron en algo de rigor para la intelectualidad francesa. El nuevo mito del «español», particularmente como lo describían los franceses, estaba llamado a ser algo único en la Europa occidental. Stendhal declaró: «Amo al español porque es un arquetipo; no es una copia de nadie»²⁶.

Es más que discutible si las imágenes y los conceptos de la España romántica tienen mucho que ver en realidad con los españoles o con España en su conjunto. El estereotipo romántico era atractivo de hecho como una forma de «orientalismo» europeo, enfocado especialmente en Andalucía y de modo más particular en los gitanos, teniendo muy en cuenta las reminiscencias árabes, que con frecuencia se consideraban la influencia dominante. Se trataba sobre todo de la fragancia y la percepción de una combinación de crueldad, sensualidad y violencia que creaba el *frisson* especial de la romántica España. La expresión individualizada más famosa y virtualmente arquetípica la ofreció *Carmen* (1845) de Prosper Mérimée, que pasó a ser para los románticos lo que el concepto del salvaje noble para los rousseauianos. En conjunto, esta serie de imágenes ya se había establecido a más tardar en 1840 y continuaría vigente hasta mediado el siglo XX e incluso después²⁷.

Motivos muy parecidos fueron adoptados por los escritores románticos españoles a partir de 1830, cuando mostraron su afán por describir a los gitanos, los moros, las leyendas históricas, los amores y la muerte de jóvenes rebeldes y otras formas equivalentes del melodrama, conjuntamente con las usuales escenas de toros,

toreros y baile. A un nivel literario algo más elevado, el costumbrismo de mediados del siglo XIX recoge esas imágenes de Andalucía, pero intenta, igualmente, reflejar los estilos de otras regiones, contribuyendo así al resurgir cultural regional que precedió al desarrollo de los nacionalismos periféricos. El estilo andaluz se hizo lo bastante popular en el conjunto de España, lo que se reflejó en el crecimiento de la zarzuela de finales del siglo XIX y más aún en el flamenco. Por lo que puede determinarse, el flamenco moderno surgió en las grandes ciudades andaluzas durante las décadas de 1860 y 1870, y pronto pasó a Madrid, donde ya había ganado gran popularidad para 1890-1900.

Como han observado Álvarez Junco y otros, las percepciones románticas eran lo suficientemente gratificantes para los españoles patriotas, porque —pese a sus cualidades exóticas e influidas por el Oriente— invertían claramente los estereotipos corrientes europeos de la Leyenda Negra. Lo que antaño fuera denunciado como la crueldad de los españoles se festejaba ahora como bravura; la avaricia de los conquistadores era celebrada en el siglo XIX como algo perceptible, presente en el afán de aventuras propio del español; la arrogancia castellana era honrada como una dignidad especial desconocida en la Europa burguesa, y el fanatismo de tiempos anteriores se transmutó en una religiosidad espiritualizada de la que eran incapaces los europeos dominados por el materialismo. Es probable que todo esto contribuyera a la relativa complacencia de la era de la Restauración, una complacencia que era patriótica y retórica, pero no realmente nacionalista, y que estaba más interesada en consolidar el *statu quo* que en la transformación. Se ha mencionado que algunos acontecimientos tales como la formación de la Unión Iberoamericana o la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, en 1892, fueron manantiales de orgullo nacional, pero avanzaron bien poco en el camino hacia un nacionalismo moderno.

En la década de 1890, sin embargo, empezó a surgir una nueva generación crítica, cada vez más abierta a la conclusión de que la España del siglo XIX, nominalmente liberal, había fracasado en su intento de conseguir progreso y modernización. La que pasó a

ser conocida como «literatura del desastre» no solo se vio afectada por la debacle de 1898, sino que ya había comenzado a estarlo varios años antes. No obstante, el desastre le dio impulsos mucho mayores de los que habría sido posible de otra forma. En comparación, la reacción que se produjo durante los años 1820-1830, ante la pérdida de la mayor parte de América, fue aceptada de mejor modo, puesto que la era original de la independencia se situó en España en un período de transición de la sociedad tradicional. El limitado interés de España en 1825 fue semejante al de Francia en 1763 o el de Inglaterra en 1782.

En contraste, lo ocurrido en 1898 se puede considerar el primer trauma poscolonial «moderno» en Europa occidental, si bien las críticas a España parecían indicar que el país había fracasado básicamente en el propio proceso de modernización. Por esa razón las críticas españolas hacia finales de siglo resultaron mucho más alarmantes y pesimistas que las originales a los liberales de 1810. Para los supercríticos fue como si gran parte de la historia básica y la cultura de España en el curso de un siglo —o incluso de tres— hubiera estado fundada en premisas falsas, como si las auténticas categorías del «casticismo» y el «españolismo» fueran erróneas e inferiores. Hubo, pues, una sensación de fallo nacional histórico-cultural casi semejante al de los países islámicos en tiempos modernos.

Esto dio impulsos al movimiento de la regeneración que comenzó con los esfuerzos de Joaquín Costa y otros en 1899. El regeneracionismo dominó en gran medida los asuntos españoles durante los primeros años del siglo xx, con el objetivo de lograr un gobierno honesto y auténtico, reformas prácticas y modernización. Se consiguió algo, pero los problemas básicos estuvieron lejos de ser eliminados durante los primeros 20 años del nuevo siglo. Aunque algunos de los objetivos básicos regeneracionistas fueron ampliamente aceptados, resultó imposible conseguir un consenso político organizado. Con cada paso hacia la reforma y la democracia crecía la fragmentación. Las viejas élites seguían negándose a ceder el control y jamás se produjo el avance decisivo. El regeneracionismo nunca llegó a ser un movimiento unificador y, en

general, no fue capaz de tomar la forma de un nuevo nacionalismo moderno.

El «problema de España» se convirtió en una preocupación fundamental del nuevo grupo de literatos distinguidos que surgió del *fin-de-siècle*, la celebrada «generación del 98». La frase de Unamuno «Me duele España» fue un *leitmotiv*.

La generación del 98 produjo algunas de las cualidades que se necesitan para un nacionalismo cultural, con su invocación de Castilla y de la tierra de España. Sus miembros buscaron identificar lo que había de más auténtico y creativo en la tradición social y cultural española y lo encontraron más en la Edad Media y en el principio del Renacimiento que en la Edad de Oro. Querían salvar a España y deseaban combinar lo tradicional con lo moderno, pero eran esencialmente críticos y estetas, escritores y no hombres de acción. Rechazaban la historia en favor del concepto de Unamuno de la «intrahistoria» inmutable y erraron definitivamente al caer en el esteticismo, la espiritualidad interna y el «interiorismo». Rechazaban también el Barroco tradicional español, que Azorín denunció como pleno de «declamación aparatosa» y de «la bambolla retumbante»; y Valle-Inclán lo llamó «literatura jactanciosa y vana», con sus dramas basados en una «crueldad» árida. Unamuno temía que los españoles tuvieran más «individualidad que personalidad» y que les faltara profundidad y desarrollo. Algunos de ellos celebraban la existencia en España de un elemento «africano», que apenas podían definir o desarrollar, lo que hacía que la cultura nacional tuviera un enfoque aún más difícil. Como críticos temían al nacionalismo en sí, como exceso, agresión y manipulación de intereses especiales o, como en una ocasión señaló Unamuno, al producto de las grandes ciudades corruptas, el «burgués», y a los «grandes terratenientes»²⁸. Así, la generación del 98 no descansó en la complacencia, pero sí en el «ensueño».

Entre los principales historiadores de principios de siglo, liderados por el liberal Rafael Altamira, había más de una visión nacional unificada; y más aún en los críticos intelectuales de la segunda y la tercera décadas del nuevo siglo, en la «generación de

1914» presidida por Ortega y Gasset. Ortega estaba mucho más centrado y tenía una mente más empírica que los esteticistas y subjetivistas del 98. Su preocupación, primero en la Liga de Actuación Política de 1914, después en su inicial elogio de Primo de Rivera y, finalmente, durante la República, fue la modernización y el desarrollo de España bajo un Gobierno más capaz. Si bien se sumó a la fiebre de entusiasmo inicial de Primo de Rivera, en 1923, Ortega era sobre todo un liberal centrista con tendencias elitistas. Esta última característica, de hecho, era el punto central de su análisis de «los males de la patria», que pensaba nacían sobre todo de la falta de liderazgo y de élites creativas, un problema que él erigió virtualmente como interpretación general de la historia de España. Ortega tenía un sentido del nacionalismo superior al de los noventayochistas, e intuyó que no podrían ocurrir cambios de importancia hasta que los españoles llegaran a unirse en alguna gran empresa común. Como declararía en *España invertebrada* (1922):

En toda auténtica incorporación, la fuerza tiene un carácter adjetivo. La potencia verdaderamente sustantiva que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común. Repudiemos toda la interpretación estática de la convivencia nacional y sepamos entenderla dinámicamente. No viven juntas las gentes sin más ni más y porque sí; esa cohesión a priori solo existe en la familia. Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven por estar juntos, sino para hacer algo juntos²⁹.

Este concepto se convertiría, posteriormente, en una poderosa fuerza en el nacionalismo extremista español y constituyó la raíz de la doctrina de José Antonio Primo de Rivera de «unidad de destino en lo universal». Para Ortega, España no era una nación creada por alguna esencia inmutable, sino el producto de una historia y una cultura en común, de una empresa nacional conjunta.

Ortega se negó a convertirse en un nacionalista español. Aunque no era tan paranoico en su oposición al nacionalismo como lo

era Unamuno, no obstante percibía el nacionalismo como una fuerza de agresión, opresión y exceso. Y declaró que «el nacionalismo supone el deseo de que una nación impere sobre las otras»³⁰. Todo lo que puede decirse es que sus escritos y conferencias descubren rasgos nacionalistas, pero nunca una aprobación del nacionalismo *per se*³¹.

Si bien casi todos los principales intelectuales, escritores o políticos trataron en un momento u otro de ocuparse de «el problema nacional», sus esfuerzos no lograron consenso, ni formar un grupo reformista hegemónico ni una organización nacionalista central. Aunque el famoso artículo periodístico de Francisco Silvela titulado «Sin pulso», escrito para desacreditar la apatía que siente el español al día siguiente de la derrota, era claramente exagerado, reflejaba, no obstante, una situación muy problemática. En los primeros años del siglo xx fueron, sobre todo, los oficiales del Ejército los que se entregaron a los sentimientos nacionalistas, pero sintieron la falta de apoyo de los círculos políticos y culturales. Un editorial publicado en *El Heraldo Militar*, de 23 de noviembre de 1908, titulado «Peor que en ningún sitio», se mostraba comprensivo con la consternación de los militares nacionalistas. Decía así:

A cualquier sitio donde miremos encontramos más virilidad de la que hay en nuestro pueblo... Turquía, Persia, China, los Estados Balcánicos... En todas partes encontramos vida y energía... ¡Incluso en Rusia! En España no hay más que apatía y sumisión... ¡Qué triste es pensar en la situación de España!

Es bastante fácil resumir algunos de los principales factores presentes en la historia y la cultura españolas que habían estorbado la aparición de todo tipo de nacionalismo moderno en los últimos años del siglo xix y los primeros del xx:

1. La situación española de absoluta independencia desde el siglo xi, que le permitió más tarde convertirse en el primer auténtico imperio mundial de la historia y que durante mucho tiempo se alineara entre las mayores potencias establecidas.

2. La naturaleza del Estado tradicional español, una especie de confederación dinástica de carácter fuertemente pluralista, pese al llamado «absolutismo de los Habsburgo» e incluso, en cierto modo, pese al centralismo de los Borbones.
3. La exclusiva identidad mutua de la cultura y la religión españolas tradicionales que creó un clima de catolicismo nacional (o prenatal) que resistió durante siglos y terminó solo con la total secularización que ocurrió bien entrado el siglo xx.
4. La ausencia de amenaza extranjera después de las guerras napoleónicas.
5. El prolongado dominio del liberalismo clásico, que duró casi un siglo, que condicionó la cultura formal y desanimó la nueva ambición militar o el desarrollo de una derecha radical moderna.
6. La inversión del papel único jugado por el nacionalismo periférico que absorbió mucha energía nueva.
7. La neutralidad en la Primera Guerra Mundial.
8. Todo esto, influenciado y condicionado —y en cierta medida incluso predicado— por un ritmo lento en su marcha hacia la modernización, acompañado por la ausencia de nuevas ambiciones políticas, económicas o culturales que podrían haber estimulado el nacionalismo.

Durante el siglo xix, el carácter del conflicto político interno y el amplio desarrollo de la cultura romántica y la literatura y el arte costumbristas produjeron el efecto de subrayar la pluralidad y las diferencias internas de España. Aunque el aparato del Estado se había hecho muy centralista, escritores, artistas y en algunas ocasiones también los políticos se refirieron a la diversidad y diferencia de caracteres de las regiones históricas. Si bien la historiografía formal y la retórica patriótica tendían a ser fuertemente castellanistas en carácter, en la práctica diaria y en la cultura, tanto la elevada como la inferior, se destacaba con gran énfasis el concepto de *patria chica*³². Para los regeneracionistas y los noventayochistas por igual, se convirtió en un tópico aceptado el reconocimiento de que la vida auténtica de España estaba en las provincias, tanto

históricamente como en el momento presente, y que provincias y regiones eran diversas y estaban fragmentadas. Un nuevo libro de Ortega, publicado en 1931 y cuyo título era *La redención de las provincias*, subrayaba que una reforma nacional tenía que comenzar enfrentándose a los problemas y la diversidad de las provincias.

En algunas de las regiones más diferentes, sobre todo en aquellas con una lengua distinta y con diversas estructuras sociales y económicas, esto hizo nacer, en los últimos años del siglo XIX, el nacionalismo periférico. Incluso dentro de sus fortalezas el carlismo, por ejemplo, fue incapaz de mantener sus estructuras como un programa de nacionalismo español descentralizado y tradicionalista. Durante la última guerra carlista puso énfasis en la perfección y las características distintivas de las tradicionales estructuras provinciales del País Vasco, lo que se convirtió en un importante factor en el surgimiento de un movimiento nacionalista vasco en Vizcaya³³.

Los que se sentían pesimistas sobre la capacidad de cohesión de una nación española parecían tener razón, si se tiene en cuenta que el lento pero continuado crecimiento del nacionalismo periférico no provocó una reacción en favor del nacionalismo español, en forma de un nuevo anticatalanismo o antivasquismo negativo y divisivo. Los catalanistas moderados, sin embargo, trataron de responder con un amplio proyecto español común que los políticos españoles parecían incapaces de diseñar.

El primer partido catalanista importante fue la Lliga Regionalista³⁴, que adoptó el adjetivo «regionalista» en vez de los de «catalán» o «catalanista» para evitar ofender innecesariamente las sensibilidades en otras partes de España. Su objetivo era la autonomía, nunca el separatismo (algo por lo que Arana Goiri, fundador del nacionalismo vasco, los denunció con amargura). La meta de la Lliga era una Cataluña libre y moderna en colaboración con una España igualmente libre y moderna. En cierto modo instituyó el concepto de la gran empresa progresista de una España entera, ya expresada por Ortega y Gasset. Enric Prat de la Riba, el ideólogo principal de la Lliga, propuso una especie de «imperialismo federal» para fomentar objetivos más amplios para toda España³⁵. Fran-

cesc Cambó, cabeza política del movimiento, prosiguió la campaña electoral de la Lliga, en 1916, bajo el eslogan «Per l'Espanya Gran». De hecho, Cambó fue, probablemente, el mayor de los estadistas españoles de principios del siglo xx, con una visión más abierta, más amplia y más constructiva que las adelantadas por cualquier otro de los políticos centrados en Madrid³⁶. Como expondremos en el próximo capítulo, antes de 1923 Barcelona era el centro rector del nacionalismo en España, tanto del catalán como del español.